

pronombre sujeto, ya que la repetición de palabras es un hecho frecuente en las lenguas primitivas.

Y, por último, opino que tal vez habría que revisar con más minuciosidad los casos de infinitivo sustantivado, pues —sin negar de ningún modo la posible influencia árabe— el uso de tales infinitivos podría estar suficientemente justificado por la notable deficiencia de sustantivos abstractos que se puede apreciar en los comienzos de toda lengua e incluso en sus modalidades rústicas. Este problema se presta a ser analizado con mayor detenimiento<sup>6</sup>.

Debemos felicitar a Galmés porque con este trabajo ha abierto una nueva ruta a los estudios de sintaxis histórica española que puede rendir muy valiosos frutos.

JUAN M. LOPE BLANCH

El Colegio de México.

ARCIPRESTE DE HITA, *Libro de buen amor*. Texto íntegro en versión de María Brey Mariño. Castalia [Valencia], 1954; 313 pp.

El libro que reseñamos es resultado de un ambicioso plan que merece atención y estímulo, al menos por su valor docente. Doña María Brey ha pensado que los escritores preclásicos españoles, poco frecuentados por los lectores no especialistas en razón de lo añejo del habla, merecen mejor suerte, y que para acercarlos a aquéllos bien vale la pena sacrificar unas cuantas voces antañonas, obstáculo para muchos, en las que no reside, o no siempre, la belleza de esos escritos en que anima el alma de nuestra Edad Media. Después de todo, ¿qué otra cosa se hace en las clases de español antiguo sino traducir? ¿Por qué no hacerlo de molde? Preclaros literatos —Alfonso Reyes, Pedro Salinas— habían puesto con singular brillantez en castellano moderno los venerables versos del *Cantar de mio Cid*: ¿por qué no hacer de modo sistemático el remozamiento de los libros poéticos y prosaicos anteriores a la *Celestina*, por ejemplo? Este propósito ha dado origen a varios volúmenes de la colección *Odres nuevos*, lindamente impresos por la Editorial Castalia, de Valencia, en los que, con nuevo pergeño, han visto la luz el *Cantar* citado, el *Libro de Apolonio*, el *Fernán González*, el *Conde Lucanor*, una selección de *Leyendas épicas medievales* —y han de seguir otros, hasta completar diez tomos— trasladados por distinguidos medievalistas. Los resultados han podido ser algo desiguales, cosa inevitable en este género de empresas; en la prosa, sobre todo, las dificultades que estos libros puedan ofrecer a un lector moderno no son tanto cuestión de palabras cuanto de mentalidad, y una modernización hubiera podido ir más lejos que una mera traducción. Pero los textos poéticos eran otra cosa; en ellos las dificultades de lenguaje podían ser muy reales; podían serlo, sobre todo, en las obras de mayor calidad artística. Y la dificultad del logro era tanto

<sup>6</sup> Una última y mínima observación: la construcción impersonal *diz que* (p. 150) subsiste también normalmente en todo el español de América.

mayor cuanto que los originales habían de ser traducidos en el metro en que fueron escritos, y casi palabra por palabra.

Doña María Brey tomó para sí lo más difícil de todo, lo que había de deparar a un traductor mayores quebraderos de cabeza, pero también mayor honra: la modernización del *Libro de buen amor*. El resultado es sorprendente. Esta cuaderna vía, estos versos de dieciséis sílabas, que una inveterada preocupación —infundada, como todas— hace temer a muchos por machacones y lentos, resultan de maravillosa ligereza. Es increíble lo bien que se leen en esta versión los denuestos del Arcipreste contra Don Amor, los consejos de éste a aquél, el episodio de Doña Endrina, la batalla de Carnal y Cuaresma, las cántigas de serrana, el elogio de las dueñas chicas; todo. Si en este último avatar el Arcipreste encuentra nuevos lectores, ninguno ha de sentirse defraudado. La prodigiosa vitalidad de Juan Ruíz consigue que su remozamiento no parezca debido a afeites; sigue siendo el mismo; sale vestido con otro traje y eso es todo. Y aun el nuevo traje conserva no pocas bordaduras del antiguo. Raramente un *traduttore* ha sido menos *traditore*.

Para zafarse del peligro de serlo, la señora Brey ha seguido un criterio, a mi juicio, acertadísimo: el de traducir a medias. Ha conservado no pocos arcaísmos, no sólo de léxico, pero aun morfológicos<sup>1</sup>, ya que su versión había de ceñirse al texto como el guante a la mano; un puntual glosario saca al lector de dudas. No se diga: ¿por qué no hacerlo siempre así? sin leer antes todo el libro; el que haya hecho la experiencia de leerlo de corrido comprenderá el por qué.

Al hojearlo, nuestro primer cuidado fue ver qué había quedado de aquellos versos que desde años nos cantan en la memoria; qué es de aquello: “deso creo que estades amariella e magrilla”, que para la estética moderna, ya desde la publicación de *La voluntad* de Azorín, cifraba uno de los títulos de gloria del Arcipreste; qué de aquella tirada que sigue al verso: “Madre, ¿vos non podedes conoscer o asmar...?” y otras cosas semejantes en que el habla se adelgaza y sutiliza de manera que las palabras sí son lo que cuenta. Aquí era donde cabía temer traición en el modernizador. En general, estos versos se leen perfectamente, y aunque el erudito prefiera siempre, claro es, el antiguo texto, los lectores a quienes va destinado el libro encontrarán los pasajes expresados con toda eficacia. Hay versos admirables que pierden en la traducción, cierto. ¿Cómo decir en español de hoy mejor que se decía en el del siglo xiv “muy complida de bienes, anda mansa e leda”? *Aunque rica de bienes, su apostura es llaneza*, interpreta la traductora. Muy bien, pero *mansa e leda* se echan de menos, y son palabras de prodigiosa expresividad. Por esos adjetivos, Doña Endrina se pone a par de las nobles damas de señoril sosiego que inspiraron a los poetas italianos contemporáneos del Arcipreste. Con lo que la señora Brey nos da la experiencia muy viva de algo que, al decirlo, va a parecer una perogrullada: que tratán-

<sup>1</sup> Por ejemplo, la trova cazurra del comienzo, coplas 115 ss., apenas ha sido traducida, por imponerle así ciertas rimas que no era deseable cambiar. Cf. 737cd: *tien'*, *convien'*, y otras cosas así justificadas por imperativo tiránico del original. El glosario final da idea del número de arcaísmos que ha sido preciso conservar.

dose de grandes poetas no hay progreso lingüístico. En manos de un gran poeta, el lenguaje del siglo XIV, que siempre se nos antojará pobre, el “rudo e desierto romance” de que hablara Juan de Mena, puede ser la expresión única de obras de autenticidad poética ejemplar. Poseeremos una lengua más rica, pero ¿cómo traducir “otéame, sospira e está comediendo, / aviva más el ojo, está bulliendo”? Doña María Brey lo hace por modo excelente: *me mira suspirando, se queda discurrendo*, pero el luminoso verso del Arcipreste sigue teniendo más poder evocador. La traductora ha llegado tan lejos cuanto es posible en su tentativa de acercamiento; no le reprochemos que en algunas ocasiones no llegue al poeta, porque a un poeta no llega nadie. De lo que ha sabido hacer quisiera yo citar ejemplos extensos, pero ello haría esta reseña inaceptable a toda revista. Me limitaré a citar, para que el lector la compruebe, su excelente versión de algunos de esos momentos cumbres del *Libro de buen amor*, por lo que a la precisión y al grafismo de las palabras se refiere; el *Ejemplo del caballo y el asno*, v.g.; en la descripción del pobre penco que sale de la liza, la versión está casi a par del original, y no es ello poco. Al describir la órbita de lo hacedero, la traductora destaca, con sorprendente relieve, las calidades artísticas de Juan Ruiz. Si es posible, le hace cobrar estatura a los ojos de los estudiosos y los amadores de las letras. No es meramente un “precursor” de esto o de lo otro. Y no es un “primitivo” tampoco. Poeta extraordinario, en forma antigua o moderna —mejor, claro, en la suya—, como don Juan Manuel, el anónimo de la *Crónica de Alfonso XI* o Ayala son prosistas “incomparables”, es decir que lo son sin que las comparaciones los desflorezcan.

La señora Brey ha llevado el escrúpulo hasta seguir la rima de los más de los cuartetos; en ocasiones no ha tenido empacho en reproducir uno de los rasgos de este arte que más pueden chocar con nuestros gustos: me refiero a esa ripiosidad que, hasta Garcilaso, fue tan frecuente en todos nuestros versificadores. En la disputa de los griegos y los romanos sobre las leyes, hay un verso gracioso por torpe, que en forma moderna puede parecer terrible: “e asentóse luego con su memoria sana”. La traductora ha creído justo conservar esa frase, y quizá tenga razón, ya que estos ripios tal vez representaron algo que hoy se nos escapa. Podría discutirse, en cambio, el mantenimiento de voces que probablemente significaban algo distinto de lo que significan hoy. En “salvo en la manera del trovar e dezir”, “dezir” no es nuestro *decir* moderno, sino otra expresión de “trovar”. Y ya que estamos en señalar algunas cosillas en que disintimos de la traductora, nos atreveríamos a sugerirle —pues este libro ha de reeditarse, y su segunda edición será sin duda mejor— que revisara algunos versos en que se nos antoja ver algo de *exceso de traducción*. ¿Por qué cambiar, salvo la modernización del verbo, “díselo Catón” en *lo dijo Catón*? Aquel verso admirable, “sembré avena loca orilla de Henares” es duro quizá a nuestro oído, porque no aspiramos la *h*, pero no creo que esté mejor poniendo: *sembré de avena loca la orilla del H.*, con lo que se hace decir a Juan Ruiz más y otra cosa que la que dijo. ¿Quién no entendería hoy, por muy ignaro que fuese, “de cómo enflaqueces las gentes e las dañas”? La versión *debilita* se

debe sin duda al propósito de regularizar la métrica, propósito mantenido consecuentemente a lo largo de la obra, y quizá exagerado, pues no hay por qué dar a estas cosas más importancia de la que el Arcipreste les daba —y la cuaderna vía toleraba hiatos que hoy no aceptaríamos. Si se han conservado, porque era inevitable, muchas de las rimas impropias de que está lleno el libro, no había por qué evitar sistemáticamente los hiatos. Podría citar otro par de casos como éstos (coplas 499c, 699cd). A su lado son infinitos los aciertos que la traductora consigue al trasegar al nuevo odre; para poner sólo algunos ejemplos, compárense al original los vs. 127a, 631b, 641a, 757a, con todo lo que sigue; coplas 806 ss., y podrían multiplicarse los pasajes. Un refrán que no escasea aun en el período clásico, pero que pocos entenderían hoy, “mendigo (o romero) hito saca çatico” no podría rendirse mejor que por *peregrino porfiado siempre logra mendruguico*.

Lo más discutible en trabajos de esta clase es, naturalmente, la elección de palabras. El Arcipreste se nos antoja hoy sobremanera coloquial en su léxico, quizá porque no nos es posible darnos cuenta exacta de lo que valían ciertas palabras en el siglo xiv. Pero, aunque en ocasiones quepa la duda, en otras no la hay de que Juan Ruiz habla desenfadamente. Gran tentación la de hacer lo mismo, valiéndonos de términos coloquiales o jergales modernos. El gusto personal decidirá siempre en estos casos. Yo me permitiría, con todo, aconsejar la medida. Modernización, *ma non troppo*; el Arcipreste es un abuelo a quien no imaginamos bien hablando en términos excesivamente recientes. A mí, personalmente, me disuenan palabras como *organizar* (83b), *solución* (88d), *mal orientado* (229d), *broma* (513d), *percance* (904d), *cuco* (699c), *éxito* (734d), *carcamal* (756a; la palabra del original es “coytral”, y la otra se ha puesto por conservar la rima), *monigote* (1477a), *ratimagos* (1436e; la rima también ha intervenido en esto), *farolero* (1495d). Más discutible, y esto no es tanto cuestión de gustos, es el empleo algo abusivo del adjetivo *listo* en varias acepciones que tienen equivalencia corriente en el español de hoy: *cuerda* (81a), *presto* o *pronto* (1253d), y algún caso más. Por último, la señora Brey nos agradecerá que citemos un lugar en que sospechamos se ha deslizado una errata: en el verso “que por diestro que sea se haga blando y torpe” (187d) nos parece claro que debería decirse *no se haga*.

Quizá el propósito de ganar nuevos lectores a Juan Ruiz sea una noble ilusión, inspirada por un grande y buen amor al poeta, y falaz como todas las ilusiones. Pero la señora Brey puede estar segura de haber hecho mucho bien a otro género de lectores que los simples aficionados sin preparación especial; lectores en quienes este libro puede inspirar un legítimo buen amor: me refiero a los estudiantes de dos continentes. Como iniciación al estudio de un poeta medieval no conozco cosa mejor. No sólo les facilita la lectura de un texto arduo; una ejemplar introducción, clara y diligentemente escrita, una bibliografía exhaustiva en lo posible, dan a los jóvenes estudiosos cuanto necesitan para acercarse a uno de los mayores poetas de la Edad Media europea. Pero lo más importante del librito es, claro, la versión del poema, y cualesquiera que puedan ser sus lunares, todos corregibles, y en suma muy pocos, la

traductora puede estar satisfecha y orgullosa de la obra realizada. No le faltarán censores; los eruditos a rajatabla son intratables. Siempre podrá excusarse y escudarse con versos del poeta mismo, que no se hubiera encontrado a gusto en la compañía de puristas de ninguna clase:

*Cualquiera que lo oiga, si hacer versos supiere,  
puede más añadir y enmendar si quisiere.*

JOSÉ F. MONTESINOS

University of California, Berkeley.

MARK VAN DOREN, *Don Quixote's profession*. Columbia University Press, New York, 1958; 99 pp.

Muy bien se leen estas breves páginas del profesor Van Doren, que ya en un libro anterior se había complacido en presentar, de paso, a Hawthorne como "lector atento y enamorado" de Cervantes<sup>1</sup>. Lector enamorado y atento es también el que ha escrito estas tres conferencias, mucho más valiosas que el pie forzado de su tesis central. Porque, bien mirada, la tesis se reduce a fórmula unificadora a lo largo de un comentario, lúcido y diverso, de muchos importantes aspectos del *Quijote*. La simpatía y el entusiasmo presiden estas reflexiones. El crítico no regatea sus elogios. Apenas uno que otro *quizá* moderan el impulso con que Van Doren coloca a Cervantes en la cima de las letras profanas de todos los tiempos, o con que exalta el estilo del *Quijote* como "the most delicious style in any literature" (p. 69)<sup>2</sup>. Excelentes sus rápidas observaciones sobre el arte cervantino de la descripción, y en particular del diálogo; sobre la atmósfera de gran comedia, equilibrada y total, que llena el *Quijote*; sobre la significación revolucionaria que, frente a las novelas de caballerías, cobra el "realismo" de Cervantes (aunque no hubiera estado de más, piensa en seguida el lector, añadir que esa genial cotidianidad no se dio sola y aislada en la tierra de *Mío Cid* y de los Arciprestes, de Rojas, de *Tirante el Blanco* y del *Lazarillo*).

Vengamos ahora a la fórmula central. La profesión a que se siente de pronto llamado el hidalgo manchego es, en muy amplio y generoso sentido, la de actor. Cervantes podrá decirnos de su héroe que, "del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio"; Van Doren prefiere presentarnos una locura que Alonso Quijano inventa y cultiva con sabia voluntad histriónica. Bien fácil es reconocer y admirar lo que el *Quijote* tiene de soberana comedia en prosa, con Don Quijote mismo como máscara central. La lectura de Van Doren nos obliga a contrastar nuestra acostumbrada imagen del *Quijote* con la que de él resulta cuando, no sin cierta violencia, se imantan y organizan sus rasgos precisamente alrededor de ese eje de histrionismo. El ejercicio es saludable, si no confiamos demasiado en él.

<sup>1</sup> Nathaniel Hawthorne, New York, 1949, p. 32.

<sup>2</sup> Cf. p. 68, a propósito de la elocuencia de Don Quijote: "Nunca hubo héroe que hablara con tanta riqueza y acierto".